

Restauraciones en el Románico oscense: La Iglesia de Santa María de Iguácel.

ANTONIO ALMAGRO GORBEA

Introducción

La invitación para participar en este número de Artigrama dedicado a la Restauración del Patrimonio Cultural me brinda la ocasión de continuar con una labor, que aunque no de forma total y continuada, he procurado realizar convencido de la necesidad de la misma. El dar a conocer el alcance de las intervenciones de restauración es algo que siempre he considerado trascendental por la cantidad de información que en estas intervenciones se obtiene del edificio u objeto si se sabe interpretar adecuadamente.

La obra que publico en esta ocasión forma parte de un conjunto de actuaciones llevadas a cabo sobre monumentos del Pirineo oscense. No son obras de aparente vistosidad, ni que afecten a monumentos de primerísima importancia. Pero creo que hay dos razones para considerar el interés de estas intervenciones.

La primera razón es que se trata de obras de restauración sin más finalidad que salvar monumentos con escaso o nulo uso, situados en lugares muchas veces de difícil acceso, y en situación en muchos casos prácticamente terminal. Las intervenciones se hicieron con escasos medios, fruto de las limitaciones presupuestarias que en el momento había, y siendo consecuentes con estas limitaciones. En muchos casos no se pudo hacer más que lo imprescindible, reparar las cubiertas y los elementos estructurales y de esta forma garantizar al menos su conservación hasta tiempos mejores que en algunos casos aún no han llegado. Son obras sin pretensión de dejar huella de autor, que quizá pasados unos años pasarán inadvertidas. Son el fruto de una labor cotidiana que hace años desempeñé en la entonces Inspección de Monumentos de la Dirección General de Bellas Artes.

Pero a pesar de ello, en estas intervenciones tuvimos muy presente el valor de documento histórico de esos edificios, en algún caso eslabones importantes para el estudio y la comprensión del arte románico. Y por ello siempre hemos tratado de analizarlos en detalle y de aprovechar al máximo

las posibilidades que ofrece una intervención de restauración para este fin. Difícilmente se puede tener acceso a partes ocultas o elevadas del edificio, se pueden realizar prospecciones bajo los enlucidos, se pueden contemplar de cerca detalles de elementos o estructuras normalmente inaccesibles o eliminar estructuras que enmascaran otras anteriores, si no es en el transcurso de una obra de restauración. Pero a su vez, como consecuencia de ésta, muchos de estos detalles quedarán nuevamente ocultos o se perderán para siempre por imperativo de las propias necesidades de conservación o incluso por decisiones tomadas durante la intervención. Todo esto es necesario saberlo descubrir e interpretar.

Para ello, en primer lugar, hace falta que exista en el responsable de la restauración conciencia clara de que actúa sobre un bien que es documento histórico y que está obligado a conservar y perpetuar en todos sus aspectos, haciendo que no se pierdan de forma irremediable los datos y valores históricos que el monumento o el bien cultural posee. Junto a esto, debe tener los conocimientos adecuados para saber indagar e interpretar todos los datos que se le ofrecen a su alcance. Y no basta con acudir a otros especialistas. Si no se tiene un mínimo de conocimientos y de sensibilidad respecto al problema, difícilmente la pretendida labor de equipo dará los frutos deseables. Resultan al respecto preocupantes tantas intervenciones, muchas sobre monumentos de notable valor e interés y algunas tremendamente drásticas, que se están produciendo cada día de forma más numerosa y con presupuestos muy cuantiosos y en las que no parece tenerse en cuenta estas exigencias. Habría que plantearse seguramente si aún tratándose de obras promovidas por las propias Administraciones responsables del Patrimonio, no se están dando supuestos de auténtico expolio de los bienes sobre los que se interviene.

Este artículo no pretende ser más que una llamada de atención hacia este problema y la respuesta en un caso concreto a la exigencia de que haya constancia de cómo se ha intervenido sobre un bien cultural y qué resultados se han obtenido.

También quisiera insistir sobre la necesidad de atender de forma adecuada a los bienes de aparente menor importancia. Resulta también preocupante observar algunas obras supuestamente realizadas para valorar determinados monumentos, con inversiones muy elevadas y de muy discutible resultado y necesidad, máxime cuando tanto «patrimonio menor» se encuentra en estado precario cuando no en los últimos momentos de su existencia, a punto de perderse, muchas veces por falta no tanto de cuantiosas inversiones, cuanto de la preocupación y la atención adecuadas.

La iglesia de Santa María de Iguácel

La iglesia de Santa María de Iguácel está situada en la zona alta del

valle de la Garcipollera, valle que desemboca en el del río Aragón junto al pueblo de Castiello de Jaca. Este valle hoy prácticamente desierto, tuvo hasta hace pocos años varios pueblos, en la actualidad casi todos abandonados y en proceso avanzado de destrucción. Bescós, el más importante, aún mantiene hoy algunos habitantes, casi todos ellos empleados del ICONA, actual propietario de casi todo el valle. En Villanovilla aún quedaba un vecino hace poco. Acín y Larrosa son ya dos despoblados en avanzado estado de ruina.

En el extremo más septentrional del valle, ya a la vista de las cimas que lo cierran, se levanta esta pequeña iglesia, en otros tiempos monasterio, que pese a su reducido tamaño tiene un indudable interés para el estudio del arte románico aragonés. La iglesia se levanta hoy solitaria en la margen derecha de un arroyo de montaña sin que exista puente ni paso especial con la otra orilla, hasta donde llega una pista forestal que sube desde Castiello por Bescós y Acín.

En las inmediaciones existe una pequeña fuente recién encañada tras la restauración de la iglesia. También había algún muro, quizás resto de alguna construcción o de algún cercado, aunque separados de aquella y por el nivel de construcción, seguramente de época reciente. El arroyo que ya hemos mencionado arrastra habitualmente en sus avenidas masas de tierra y grava que a lo largo de los años llegaron a enterrar la iglesia en una altura considerable.

Conocemos algunos datos sobre esta interesante iglesia y sus constructores, el conde Sancho Galíndez y su esposa Urraca¹. Este conde, que gobernó las tenencias de Boltaña, Atarés y Sos, y fue eitán o ayo del futuro rey Sancho Ramírez, recibió de sus padres, entre un ingente patrimonio, una iglesia dedicada a Santa María en este lugar, que él reconstruyó junto con su mujer. El eremitorio debió ser muy frecuentado por los habitantes del valle y entre sus devotos figuró el propio rey Sancho Ramírez quien con motivo de la construcción de la actual iglesia donó a la misma la villa de Larrosa, hoy despoblado cercano al monumento. La construcción actual está bien datada por una inscripción de su fachada. Se concluyó en 1072.

Pocos años después, en 1080, con motivo de la consagración de la nueva iglesia del monasterio benedictino de S. Juan de la Peña, el conde donó la iglesia de Iguácel a este monasterio, cuyos monjes la convirtieron

¹ Esta iglesia fue dada a conocer por A. KINGSLEY PORTER, «Iguácel and more romanesque art of Aragón», *The Burlington Magazine*, 1928, vol. I, p. 115-127. Hay una traducción española de este artículo de María Africa Ibarra en *Universidad*, revista de la Universidad de Zaragoza, 1929, p. 145-171.

Más recientemente han dedicado estudios al monumento A. CANELLAS-LÓPEZ y A. SAN VICENTE, 1971, *Aragon Roman*, col. Zodiaque, St. Léger Vauban, p. 163-189; edición española de Ediciones Encuentro: *Aragón, La España Románica*, Madrid 1979, p. 153-161.

También le ha dedicado su atención A. DURÁN GUDIOL, *Arte altoaragonés de los siglos XI y XII*, Sabiánigo 1973, p. 195-196.

en priorato dependiente de aquella abadía. El primer prior con que contó Iguácel fue Lupo, a quien sustituyó en 1092 Fortuño. En 1094, Pedro Sánchez, hijo del conde constructor de la iglesia, concedía aceite y cera para iluminar la capilla durante la Cuaresma mientras viviera.

En los últimos años del siglo XII, los benedictinos dejaron la iglesia que paso a ser ocupada por monjas del Cister hasta 1212 aproximadamente, en que se trasladaron al Monasterio de Santa María de Cambrón, cerca de Sádaba. A partir de 1245, la iglesia de Iguácel aparece nuevamente como perteneciente al monasterio de S. Juan de la Peña.

La iglesia es de una sola nave, y con una planta de gran sencillez, distinguiéndose en ella tres volúmenes bien diferenciados: la nave, el ábside y la torre (fig. 1, lám. 1). Exteriormente la nave forma un cuerpo prismático, de planta rectangular de 16.05×9.09 m. y 12 m. de altura, cubierta a dos aguas. Los paramentos son lisos, sin apenas decoración salvo en los escasos huecos que perforan los muros. Estos se han construido con un aparejo de piedras regulares, sin apenas labra, con proporción muy apaisada, típico de la arquitectura románica de la zona que utiliza piedras provenientes de un mismo liso de cantera para hacer cada hilada. A pesar de ello, algunas hiladas se interrumpen formando dos más estrechas sin que aparentemente esto se deba a ningún cambio o entronque de fábricas distintas². En determinados elementos, sobre todo en dovelas de arcos, se utiliza piedra toba, más porosa y frágil, que en algunos casos no ha soportado los esfuerzos a que se ha visto sometida.

En la fachada de poniente, que es la más estrecha (fig. 2, lám. 2), se abre la puerta principal dentro de un cuerpo saliente formado por una doble arquivolta que acompaña al arco de entrada. La arquivolta exterior se apoya directamente en las pilastras extremas del cuerpo saliente y su arco es de sección recta con una moldura extrema o guardapolvo decorado con billetes (lám. 10). La arquivolta interior apoya en dos columnas y su arco tiene sección en forma de baquetón, acompañado por dos baquetones menores. El arco de la puerta, de medio punto y 1.90 m. de luz, está orlado por una moldura decorada con palmetas. Tanto las arquivoltas como el arco de la puerta apoyan en una imposta decorada con palmetas similares a las del arco interior. La imposta recorre todo el cuerpo saliente de la portada incluso en los laterales exteriores y en las jambas de la puerta.

Las dos columnas de la arquivolta interior tienen capiteles decorados y apoyan en dos basas áticas de escocia muy exagerada, y con un cuerpo de animal esculpido en ella. La columna de la derecha había perdido su fuste que ha sido repuesto en la restauración de la iglesia. Ambas columnas se asientan en un banco que forma cuerpo con las pilastras extremas del

²La opinión dada por A. SAN VICENTE 1971 (1979), p. 185 (156), de que la fábrica actual contenga partes de una iglesia más antigua no creo que pueda apoyarse con seguridad en lo hoy visible de la iglesia, que a mi entender ha sido construida de una vez.

saliente de la fachada. El arco de la puerta tiene bajo la imposta dos capiteles de pilastra con decoración de toscas palmetas tanto en la cara exterior como en las jambas. Sin embargo éstas no presentan resalte ni forma de pilastra pues bajan lisas hasta el umbral que es de piedra y forma escalón tanto hacia el exterior como hacia el interior.

A mitad de altura entre la imposta ya mencionada y la cornisa del tejeroz en que remata la fachada corre otra moldura similar a la imposta, que da la vuelta por los lados y viene a entroncar con la moldura con billetes más externa de las arquivoltas. Por encima de la clave de esta moldura y hasta la cornisa hay dos hiladas de piedras bien labradas. En la de más arriba que tiene más altura, hay una inscripción (lám. 9, 10), en dos líneas que constituye uno de los elementos más interesantes de esta iglesia. Su transcripción, realizada ya por otros autores es ésta:

HEC EST PORTA DOMINI VNDE INGREDIVNTVR FIDELES IN
DOMVM DOMINI QVE EST ECGLESIA IN HONORE SANCTE MARIE
FVNDATA. IUSSU SANCTIONI COMITIS EST FABRICATA / VNA
CVM SVA CONIVGE NOMINE VRRACA. IN ERA T CENTESIMA X
EST EXPLICITA. REGNANTE REGE SANTIO RAMIRIÇ IN ARAGO-
NE QVI POSVIT PRO SVA ANIMA IN HONORE SANCTE MARIE.
VILLA NOMINE LARROSSA UT DET EI DOMINUS REQVIEM
AETERNAM AMEN.

En el lateral derecho del saliente de la fachada aun sigue la inscripción con estas dos líneas:

SCRITOR HARVM LITTERARVM NOMINE AÇENAR
MAGISTER HARUM PICTURARVM NOMINE GALINDO GAR-
CES

La traducción de la inscripción es la siguiente:

«Esta es la puerta del Señor por donde entran los fieles en la casa del Señor, que es la Iglesia fundada en honor de Santa María. Se construyó por orden del conde Sancho, junto con su esposa llamada Urraca. Se terminó en la era 1110 (año 1072) reinando el rey Sancho Ramírez en Aragón quien donó en bien de su alma en honor de Santa María la villa llamada Larrosa, para que el Señor le de el descanso, amén.»

«El escritor de estas letras, de nombre Aznar. El maestro de estas pinturas (esculturas?) de nombre Galindo Garcés.»

La inscripción esta labrada en diez sillares y las líneas de letras encajadas entre listeles muy planos. Sobre todo en la línea inferior, el texto ha tenido que ser muy comprimido duplicándose la línea e incluso escribiendo algunas letras en el listel que separa ambas líneas. Además se comprueba que la inscripción, como casi toda la decoración no debió realizarse en obra ya que hay una apreciable diferencia de longitud entre la inscripción y el ancho del saliente de la fachada en que fue colocada. Esta diferencia fue corregida de manera muy burda intercalando pequeñas lajas de piedra entre los sillares 2 y 3 y entre el 4 y el 5, esta última de considerable tamaño. La

inscripción lateral está en dos sillares, el primero de los cuales es el mismo que el 10 del frente.

Inmediatamente encima de la inscripción hay un tejazoz con cornisa de billetes sostenida por 11 canes decorados. Los sofitos entre los canes tienen también decoración a base de rosetas. Por encima del tejazoz suben a plomo con los extremos del saliente de la fachada, dos contrafuertes que enmarcan una ventana de medio punto con una arquivolta sostenida por dos columnas (lám. 17a). Es ésta la ventana de mayor tamaño de la iglesia y curiosamente se encuentra descentrada con la puerta inferior y por tanto con el eje de la nave. El arco de la arquivolta arranca de una imposta que corre en todo el ancho entre los dos contrafuertes. Esta imposta de sección abiselada tiene decoración de palmetas solamente en las piedras de encima de los capiteles.

El cuerpo central de esta fachada está construido con mejores piedras y más regularmente labradas que el resto de la iglesia pero no se aprecian indicios que permitieran suponer una construcción no coetánea. La trabazón con el resto de la fachada está bien ejecutada aunque no coincidan las hiladas pues son de menor altura en los laterales, pero incluso en la parte superior hay hiladas que corren por la fachada y los contrafuertes.

La fachada sur que es la que antes se vislumbra al llegar a la iglesia, es prácticamente lisa y sólo presenta dos ventanas y una puerta (fig. 3, lám. 3). La puerta es de arco de medio punto con una arquivolta exterior y otra interior. No posee decoración alguna y el umbral tiene la misma forma que las jambas al formar el arco intermedio un resalte hacia arriba.

Las dos ventanas de esta fachada tienen sin embargo un interés especial por la composición en que se sitúan. Colocadas a 4.70 m. del suelo, están abocinadas hacia el interior y tienen una arquivolta exterior sobre columnas. No tienen galce ni retalle para carpintería o alabastro. Las columnas tienen capiteles decorados y basas áticas de escocia muy exagerada. Los arcos de la arquivolta son lisos y apoyan en una imposta abiselada como todas las del monumento, que está decorada con palmetas en las piedras de encima de los capiteles (lám. 17b, c). Esta imposta se prolonga tanto entre las dos ventanas como en las zonas extremas en las que da un quiebro subiendo hacia arriba. A dos metros vuelve a dar otro quiebro y luego se escalona formando dos retalles. El remate superior se había perdido y en la restauración que hemos realizado hemos cerrado con una línea horizontal esta orla que forma a manera de un alfiz. Este alfiz constituye sin duda un elemento muy anómalo en el románico y parece estar marcando una influencia mozárabe.

La mampostería de esta fachada es bastante tosca, a base de sillarejos con hiladas que no siempre son horizontales y que en muchas ocasiones no tienen continuidad a lo largo de todo el alzado (lám. 7, 8). En los laterales de las ventanas se han dispuesto sillares algo mayores pero no de mejor labra, lo que acentúa la irregularidad del aparejo. Con una cierta regularidad aparecen, tanto en esta fachada como en el resto, mechinales

para el apoyo del andamio de construcción que no fueron luego tapiados. También merece destacarse dentro de la zona enmarcada por el alfiz, una hilada de piedras de muy reducida soga y que tienen apariencia de tizones o más bien sardineles. Esta disposición de piedras aparece también en el paramento norte de la torre y si tuvo alguna intención decorativa podría también tratarse de un influjo mozárabe, con reminiscencias de los aparejos califales. La construcción del alfiz es asimismo muy tosca dándose el hecho de que presenta una falta de continuidad junto a la ventana del lado derecho, por estar ésta ligeramente más alta que la otra.

La fachada norte es totalmente ciega y a ella se adosa la torre, de planta cuadrada y 6.70 m. de lado en la cara norte. La cara oeste de la torre sólo presenta una tronera con arco de medio punto de piedra de toba y una pequeña aspillera. La cara norte de la torre es ciega y sólo merece destacarse de ella la existencia de dos hiladas con piedras dispuestas a sardinel como las que hemos descrito dentro del alfiz de la fachada sur. Por último, en el lado oeste de la torre hay otras dos ventanas, la inferior con doble abocinado hacia el exterior y hacia adentro, y la superior con un pequeño arco de medio punto. En la cara sur, por encima del tejado de la iglesia hay también una aspillera que da luz a una escalera que subía a un cuerpo hoy desaparecido. Toda la torre, al igual que el resto de la iglesia presenta mechinales de los andamios de construcción. La torre tiene en la actualidad una altura de 16.40 m. pero con toda seguridad tuvo otro cuerpo superior seguramente con arcos para campanas.

Al iniciarse la restauración, la nave carecía de cornisa. Sólo tenía las primeras lajas del tejado volando unos 15 cms. como todo remate. En la restauración se ha colocado una cornisa semejante a la que tienen el ábside y el tejazoz de la fachada principal, sólo que hecho con piezas de hormigón abujardado y con canes sin decorar.

El ábside es de planta ligeramente ultrasemicircular, entroncándose con la nave por medio de un machón saliente en el lado sur, que en el norte toma mayor volumen pues alberga en la parte superior una escalera de caracol de acceso al piso alto de la torre (fig. 3, lám. 4). Otras dos pilastras adosadas dividen la superficie exterior del ábside en tres paños, en el centro de cada uno de los cuales se abre una ventana. El paño central es bastante más grande que los dos laterales. Las ventanas tienen una arquivolta apoyada en dos columnas con capitel y basa (lám. 17d-i). El hueco está abocinado hacia el interior sin presentar mocheta ni retalle alguno. La arquivolta es de medio punto y apoya en una imposta que corre a lo largo de todo el ábside interrumpida solamente por las ventanas y las pilastras. La sección de esta imposta es abiselada como las de casi todo el edificio. En el espacio bajo la arquivolta hay un retalle en el paramento que forma como dos bancos para el apoyo de las columnas. El ábside tiene una cornisa con billetes sostenida por canes decorados, construido todo ello con piedra arenisca distinta a la utilizada en el resto de la construcción.

Interiormente la iglesia es de una sencillez mayor si cabe que en su exterior (fig. 1, lám. 5). La nave única se cubre con armadura de madera que soporta una cubierta a dos aguas de lajas de piedra al modo tradicional de la zona³. Debemos advertir que los dos faldones perpendiculares a la torre que hoy tiene la cubierta son una solución adoptada en la restauración para evitar la formación de humedades en el muro de la torre (lám. 16). No obstante, pudimos apreciar huellas en este muro que indican que la solución primitiva era exclusivamente a dos aguas vertiendo un faldón contra la torre.

Los paramentos interiores son lisos y las ventanas no presentan ornamentación alguna hacia el interior. Las ventanas del lado sur se abren al fondo de un encuadre rectangular rematado con un arco arquitrabado. La ventana occidental, descentrada con el eje de la nave como ya dijimos, no presenta más que el sencillo arco de medio punto. La puerta principal presenta también un arco de medio punto de más altura que el que forma propiamente la puerta, que permite alojar las hojas articuladas en goznes de hierro recibidos a la pared. Solución similar tiene la puerta meridional, pero con el arco interior similar al exterior, lo que no permitía colocar hojas de puerta cuadradas. Seguramente esta puerta no comunicaba con el exterior sino con otra dependencia hoy desaparecida. Simples bancos de piedra de escasa altura corren adosados a lo largo de los muros oeste, norte y sur.

En el muro norte hay una puerta situada casi enfrente de la que sale al exterior por el muro sur, y de forma similar a ésta. Sobre ella y justo debajo del apoyo de la cubierta hay tres arquitos semicirculares ciegos, de unos 90 cms. de luz, 45 cms. de altura y 50 cms. de profundidad. No presentan decoración alguna y su finalidad nos es desconocida. En el ángulo noreste de la nave, casi a la altura de estos arquitos hay un paño de pared oblicuo, como si fuera el arranque de una pechina. Queda interrumpido justo a la altura del arranque de los tres arquitos ciegos y desconocemos igualmente cual pudo ser su función (lám. 16). Estructuralmente no parece tener una finalidad clara. Aunque está inmediato a la escalera de caracol de la torre, el muro tiene suficiente espesor como para no necesitar un regreso en saliente hacia el exterior para alojarla.

El pavimento de la nave está realizado con cantos rodados alargados, que forman líneas dibujando cuadrados concéntricos dispuestos diagonalmente a la dirección de la nave. Curiosamente el dibujo del pavimento está también descentrado respecto al eje de la nave, pero en este caso en dirección contraria a como lo está la ventana del lado occidental.

Lo más destacado del interior de la iglesia es el ábside. Algo más estre-

³No hay en la iglesia vestigio alguno de haber existido bóveda de cañón como apunta A. SAN VICENTE 1971 (1979), p. 159 (188). Sin duda esta aseveración se debe a lo confuso que se veía el interior de la iglesia antes de la restauración.

cho que la nave (4.95 m.), se comunica con ella a través de un arco algo más ancho (5.80 m.), de 1.05 m. de profundidad. El suelo del presbiterio se sitúa tres peldaños más alto que el de la nave. Se cubre el ábside con bóveda de horno hecha de sillarejos como el resto de la iglesia. El muro del ábside presenta dos bandas horizontales. La inferior es lisa y remata en una imposta abiselada. La banda superior tiene cinco arcos ciegos soportados por columnas exentas con capiteles decorados. En el centro de los tres arcos impares se abrían las ventanas, hoy tapiadas y cubiertas por una decoración pictórica de época gótica. En los extremos de esta arquería, los cimacios continúan a modo de imposta hasta el final del ábside en unos tramos sin arcos. Otra imposta superior sirve de arranque a la bóveda.

Las pinturas que cubren interiormente el ábside tienen como motivo principal escenas de la vida de la Virgen: la Anunciación, la Natividad y la Adoración de los Pastores y los Reyes. En el extremo derecho aparece un ángel alanceando a un demonio. En la zona inferior hay una fila de santos de los que se conservan diez figuras, aunque originalmente debieron ser quince. En la jamba derecha del arco triunfal queda también algún resto de pintura (lám. 6).

La torre es de planta cuadrada y se accede a ella por una puerta en el lateral izquierdo de la nave. Interiormente presenta dos espacios superpuestos. El inferior, que tiene casi tanta altura como la nave, se cubre con una bóveda de cañón de eje perpendicular al de la nave (fig. 1). Aloja una escalera de cuatro tramos sostenida por bóvedas que cabalgan sobre la anterior y que dejan un hueco central. La escalera carece de barandilla. Dos huecos iluminan este espacio. Uno hacia el este, que es una ventana con doble derrame y muy estrecha, y otro hacia el oeste, con forma de medio círculo y abocinado hacia el interior. La escalera termina en el ángulo sureste, en donde se aloja otra escalera de caracol que ocupa el espesor del muro con un desarrollo de sólo tres cuartos de círculo. El eje de la escalera coincide exactamente con el ángulo interior de la torre.

Por esta escalera se sube a otra estancia, de menor altura que la anterior y cubierta con otra bóveda de cañón de dirección perpendicular a la inferior. También esta habitación se ilumina con dos huecos: una aspillera hacia el oeste y una ventana de medio punto hacia el este. En el ángulo suroeste, a la altura del arranque de la bóveda, se inicia otra escalera, alojada en el espesor del muro meridional de la torre y por la que se subía a un tercer piso hoy desaparecido (lám. 14). Debió de tratarse sin duda del cuerpo de campanas, que tendría probablemente ventanales de medio punto para alojarlas. Aunque algún hombre del lugar recuerda haber oído hablar de la existencia de este piso, nada quedaba de él, e incluso del inferior faltaba casi toda la bóveda que fue rehecha en la restauración de la iglesia siguiendo el arranque del lado sur que se conservaba perfectamente. No nos pareció oportuno en modo alguno reconstruir el cuerpo desaparecido que tendría que haber sido una total invención. En la restauración procedimos simple-

mente a colocar una cubierta a cuatro aguas, sin alero, en lugar de la cubierta con un solo faldón que había sido construida tras desmochar la torre, y demoler parte de la bóveda del actual cuerpo superior.

Transformaciones de la iglesia

La iglesia de Santa María de Iguácel no ha llegado hasta nosotros tal y como se construyó, sino que sufrió algunas transformaciones, incluso en época medieval. La primera que podemos constatar fue el tapiado de las ventanas del ábside, efectuado en relación con la decoración a base de pinturas en al menos los paramentos verticales de éste. Estas pinturas, cubrieron tanto la arquería ciega en que se habrían las ventanas, como la parte superior de los arcos y el sotabanco bajo los mismos. A fin de disponer de cinco encuadres para pintar otras tantas escenas de la vida de la Virgen, se tapiaron las tres ventanas que tenía el ábside, igualando los paños de modo similar a como estaban los dos arcos ciegos entre ventanas. Las ventanas se tapiaron en todo su espesor, apareciendo hacia el exterior un paramento irregular, que estaba en parte desmoronado al iniciarse la restauración.

Pinturas de similar factura cubrían las jambas del arco de embocadura del ábside y puede que hubiera también en los muros de la nave. No aparecieron sin embargo en la bóveda de horno del ábside, seguramente por haberse destruido.

La siguiente transformación que sufrió la iglesia data ya del siglo pasado, y seguramente obedece a una restauración del edificio que debía encontrarse en mal estado. Es posible que alguna de las transformaciones que enumeramos a continuación sea incluso anterior, pero a falta de otros testimonios, parece bastante verosímil que todas ellas correspondan a una misma obra. A nuestro entender, estas transformaciones corresponden a la mitad del siglo XIX, según una fecha grabada en el revoco del atrio postizo, similar a la que figuraba en el retablo del ábside. La fecha era 1850. Cuando se hacen estas obras que comentamos, la iglesia seguramente estaba en muy mal estado. Probablemente el cuerpo alto de la torre estaba en ruinas, quizá por agrietamiento producido por el empuje de la bóveda del actual cuerpo superior. Toda la cornisa de la nave, que debió ser similar a la del ábside y como ésta hecha de piedra arenisca, debía encontrarse desmoronada, al igual que la cubierta. Por último, los arrastres del arroyo habían ido enterrando el exterior de la iglesia hasta hacer impracticables las puertas primitivas.

En esta situación, y con un entorno económicamente precario, se hace una restauración con pocos medios, pero que permitió seguir usando la iglesia. Se tapiaron las dos puertas primitivas (lám. 8, 10) mientras se abría otra a nivel más alto y protegida por un atrio formado por una corta bóveda de cañón con cubierta a dos aguas (lám. 7). Esta nueva puerta tenía

al exterior un arco de sillería bien labrada, mientras al interior se dispusieron cabeceros de madera. Para salvar el que el suelo de la iglesia hubiera quedado más bajo que el del exterior, se sobreelevó aquél por medio de una tarima en más de 40 cms. Se construyó un coro alto al que se accedía mediante una escalera situada en el ángulo suroeste, sostenido por vigas de madera. La cubierta se rehizo con una pobre armadura de pares y tirantes sin pendolón. La ruina casi segura del primitivo alero se resolvió demoliéndolo junto con la parte superior de los muros más dañada. Igual solución se adoptó con la torre, construyéndose una cubierta a un solo agua hacia el norte, apoyada en el arranque sur de la bóveda del piso alto, posible causante de esta ruina. Sobre la fachada sur se construyó una rústica espadaña que vino a sustituir pobremente al demolido cuerpo de campanas de la torre (fig. 4, 6).

En el interior de la nave se construyó una bóveda de cañizo, de medio punto, apoyada en una cornisa corrida también de yeso (fig. 4, lám. 11). El arranque de esta bóveda en el lado sur, obligo a tapiar las dos ventanas de esta fachada al menos en su parte superior. En la ventana de la fachada principal, cuyo arco se había desmoronado también, se construyó un pilar central a modo de parteluz con un dintel de madera a la altura de las impostas, cegándose todo el tímpano (lám. 9). Esta ventana, en época anterior había sido transformada someramente en el interior, rompiendo el alféizar para darle derrame hacia adentro que permitiera mayor entrada de luz. Este derrame fue eliminado en el siglo pasado, dejando nuevamente horizontal el alféizar.

Por último, se procedió a decorar todo el interior. La nave y la bóveda de cañizo se pintaron con imitación de sillería en tono gris con juntas blancas. En la bóveda del presbiterio se pintó una decoración de cielo con estrellas y un sol en la clave. Toda la zona con pinturas más antiguas se recubrió con unas nuevas pinturas a base de florecillas sobre fondo blanco y guirnaldas mientras se repintaban los elementos florales de los capiteles e impostas. Sólo quedó sin repintar la zona central, al quedar cubierta por el retablo, de tosca factura y que ostentaba la fecha de su construcción ya mencionada. En el retablo se colocó la antigua imagen de la Virgen sedente con el niño que hoy está en la iglesia de Castiello de Jaca. El presbiterio se cerró con una bella reja románica, seguramente del siglo XII, que posiblemente no se hizo para ese emplazamiento y que también ha sido trasladada al Museo Diocesano de Jaca⁴.

Todas estas transformaciones, dada su escasa calidad constructiva, sufrieron un deterioro mayor si cabe que la fábrica primitiva de la iglesia en los años de abandono tras la despoblación del valle. La ruina de la cubierta

⁴De la imagen y de la reja, así como del estado de la iglesia anterior a la restauración, pero con menor deterioro de como la encontramos nosotros, puede encontrarse buena información fotográfica en la obra de A. SAN VICENTE 1971 (1979).

y el enterramiento de la iglesia con el consiguiente aporte de humedades provocaron que en el año 1975, el estado del monumento fuera de completa ruina que amenazaba con acabar en breve plazo con el edificio.

La restauración de 1976 a 1983

Cuando en 1975, a instancias de D. León Buil, entonces Consejero Provincial de Bellas Artes, se me encargó la redacción de un proyecto de restauración de la iglesia, su situación era realmente preocupante. En nuestra primera visita al monumento, no pudimos llegar siquiera con el coche más que a un kilómetro aproximadamente del lugar. La iglesia estaba rodeada de zarzas y vegetación (fig. 5, 6, lám. 8-12), enterrada en más de un metro por el lado norte y oeste, y con el arroyo a un nivel amenazante por la posibilidad de seguir enterrando la iglesia con sus aluviones.

La cubierta de ésta presentaba numerosos huecos y zonas a punto de hundirse. La escalera de acceso al coro estaba rota y éste con partes podridas y resultaba peligroso andar sobre la tarima de la nave pues se hundía a cada paso debido a estar toda igualmente podrida.

Tras redactar un primer proyecto, en 1976 se acometió una primera fase de restauración, centrada básicamente en rehacer la cubierta del edificio, por ser la parte del mismo que se encontraba en peor estado y cuya existencia era imprescindible para su conservación. De hecho, cuando se fueron a iniciar las obras, una amplia zona de la cubierta se encontraba ya hundida junto con gran parte de la bóveda de cañizo de la nave. Pocos días antes de iniciar las obras, la gente del vecino pueblo de Castiello de Jaca había desmontado y trasladado hasta el pueblo la reja que cerraba el ábside y que algún tiempo después fue depositada en el Museo Diocesano de Jaca. La imagen sedente de la Virgen fue igualmente trasladada a Castiello de Jaca.

Después de demoler lo que quedaba de la cubierta y de la bóveda, así como de eliminar la tarima, pudimos analizar de forma más adecuada la estructura original. No quedaba duda de que la iglesia había tenido cubierta sobre armadura de madera pues no había el más mínimo indicio de bóveda⁵. Los muros por su cara interior suben lisos hasta la parte más alta. Además, en la parte alta de la torre por el lado que se adosa a la iglesia, aparecía una marca que indicaba la altura en que el extemo del faldón pegaba contra la pared de la torre. Esta marca nos confirmaba la existencia de cubierta a dos aguas sobre la nave y la altura a la que estuvo originalmente. De la cota a que se encontraba pudimos deducir que la nave había perdido cerca de un metro de altura, que seguramente correspondería al alero y alguna hilada de piedra. Por ello era posible deducir que la nave contó

⁵ Véase nota anterior.

con un alero similar al que aún conserva el ábside, realizado con piedra arenisca y no con caliza, y que debido a ello, se produjo su deterioro más rápido. Cuando éste y el de la cubierta alcanzaron un estado ya irrecuperable, se debió optar simplemente por demoler las partes dañadas, reduciendo la altura de la iglesia.

La solución que adoptamos fue recrear los muros hasta la altura que nos fijaba la marca existente en el muro de la torre y rehacer una cornisa con piezas prefabricadas de hormigón abujardado que tomaron un aspecto parecido al de la piedra arenisca. Los canes y tabicas se hicieron con la forma de los sólidos capaces de las piezas similares conservadas en el ábside.

La cubierta se rehizo con armadura de madera, a dos aguas pero con dos faldones suplementarios para evitar la formación de una lima hoyo junto a la torre. Aunque ésta no parecía haber sido la disposición primitiva, la adoptamos así por ser más conveniente desde el punto de vista constructivo.

Tras esta primera intervención, realizamos un segundo proyecto con el que se pretendía abordar ya la restauración de las fábricas, la reapertura de los huecos tapiados y la limpieza del exterior. Para abordar este último objetivo, y dado el volumen ingente de gravas y tierra acumuladas que obligaban a utilizar medios mecánicos, procedimos previamente a abrir tres zanjas manualmente, perpendiculares a los muros, en cada una de las fachadas. Todas ellas nos confirmaron que los depósitos acumulados sobre el nivel primitivo de la iglesia no contenían restos de construcción ni material arqueológico. La zanja norte nos descubrió que por debajo del nivel primitivo existían enterramientos cubiertos con lajas de piedra. En la zanja sur apareció un muro perpendicular a la fachada, destruido prácticamente al mismo nivel que el primitivo de la iglesia (lám. 15). Este muro ocupaba una posición prácticamente simétrica a la del muro occidental de la torre. Esto confirmaría la existencia de otras edificaciones antiguas adosadas, y que por tanto el primitivo monasterio no se reducía exclusivamente a la iglesia y las salas de la torre. A la edificación adosada por este lado se accedería desde la iglesia por la puerta meridional, explicándose así el que por la disposición de su arquivolta, no parece que tuviera ningún tipo de cierre de carpintería y que por tanto no era una puerta de comunicación con el exterior.

También en esta zanja del lado sur apareció una pequeña atarjea, sin duda de época más tardía, y que al parecer correspondía a un intento de sanear las humedades que brotan en la parte norte de la iglesia. Esta conducción parece que continuaba por el interior según se apreciaba por una zanja oblicua realizada rompiendo el pavimento de la nave. Restos de otra atarjea similar apareció en la zanja abierta en la fachada occidental. Esta breve prospección nos confirmó que podíamos eliminar los aluviones acumulados sin peligro de destruir restos de interés arqueológico, pero que teníamos que detenernos en una cota precisa, pues por debajo de ella sí

había elementos de interés que sin duda merecerían algún día una adecuada excavación. En aquel momento no consideramos adecuado el realizarla pues el presupuesto disponible era muy reducido.

Tras realizar la limpieza exterior y una defensa contra las avenidas del arroyo en forma de un malecón de tierra a lo largo de su ribera, se pudieron abrir tanto la puerta principal como la del lado sur y cerrar la más tardía de este mismo lado. Se procedió después a realizar diversas reparaciones de fábricas, como tapiado de grietas, reposición de dovelas en varias ventanas, etc. Al limpiar el arco de acceso a la torre se comprobó que éste, al igual que las bóvedas de los primeros tramos de la escalera, habían sufrido los efectos de un incendio, pues las piedras aparecían estalladas por efecto del fuego. Este arco tuvo que ser restaurado en profundidad por tal razón.

Por último se procedió a reconstruir la parte arruinada del último piso conservado de la torre. Al demoler la cubierta a un agua apareció en el muro sur, la escalera de subida al cuerpo de campanas desaparecido (lám. 13, 14). Previa construcción de una cimbra de madera, se rehizo la bóveda de cañón, respetando el arranque de la escalera de subida al último cuerpo desaparecido, que quedó como acceso al tejado al disponerse una trampilla al final de su recorrido. Se abrieron y restauraron las ventanas así como la escalera de caracol de subida a la sala superior. La cubierta se dispuso a cuatro aguas sin alero ni elemento alguno de remate.

Finalmente, ya en el año 1983 pudimos acometer una última fase de restauración que comprendía la colocación de carpintería en la puerta principal y en la del lado sur, la colocación de alabastros en las ventanas, el rejuntado de las fábricas y la limpieza de los paramentos interiores. También se realizaron otras obras de acabado como la colocación de la piedra de altar sobre un pedestal de mampostería, la restauración del pavimento de enguijarrado de la nave y del de losas del ábside y otras operaciones menores.

Las pinturas del ábside cuya limpieza se inició en la campaña anterior, se concluyó en ésta, eliminando la pintura del siglo pasado sobrepuesta a la vez que se consolidaba el soporte y se sujetaban los bordes de la capa de enlucido con mortero de cal. En alguna zona de la nave apareció algún otro vestigio de pintura, al parecer coetáneo, pero que no pudo acabarse de restaurar. En el resto, el enlucido del siglo pasado estaba aplicado directamente sobre la mampostería por haberse perdido la pintura anterior. Es prácticamente seguro que toda la iglesia estuvo recubierta en su interior por decoración pictórica. Probablemente desde sus orígenes como parece atestiguarlo la propia inscripción de la portada. Las pinturas conservadas son sin duda góticas y por tanto más tardías. El haber dejado los paramentos interiores con la mampostería vista es sin duda una solución contraria al sentido del espacio religioso original pero habiéndose perdido la decoración medieval, resultaba casi imposible reproducir el efecto original pues un enlucido blanco o monocromo tampoco sería adecuado. La solución que al final ha quedado, como ocurre en tantas otras restauraciones, exige del

visitante una lectura histórica adecuada, y debemos recordar que como norma casi general, los paramentos interiores de los edificios, tanto civiles como religiosos, estuvieron siempre enlucidos y en muchos casos pintados. En este caso, la solución adoptada obedece al propio estado de conservación del edificio y a sus circunstancias históricas.

Conclusión

La pequeña iglesia de Santa María de Iguácel constituye un hito importante dentro del arte románico aragonés. En primer lugar por ser un monumento inequívocamente datado por la inscripción de su portada. Después por su proximidad geográfica y en cierto modo estilística con la vecina iglesia catedral de Jaca. No pretendo entrar aquí en la polémica sobre la mayor antigüedad de uno u otro edificio pero sí creo que la restauración de la iglesia ha puesto a la luz algunos datos que deben considerarse en la discusión.

En primer lugar creo que nos encontramos ante un edificio construido de una sola vez. Es perfectamente verosímil que, como dicen los documentos, existiera una iglesia anterior. Pero a ésta no creo que pueda atribuirse nada de lo hoy visible. Si acaso el pavimento por el hecho de encontrarse descentrado respecto al eje de la nave, pero ni siquiera esto es muy creíble.

Lo que sí creo está claro es que se trata de una iglesia de factura algo torpe, sin duda realizada por obreros locales, a la cual se han incorporado elementos decorativos «importados», es decir, realizados en un taller lejos de la obra y traídos a ésta y para ésta, pero sin que el maestro escultor haya participado en la construcción ni en la colocación de los elementos. Sólo así se explica la diferencia de labra de ciertos elementos, como capiteles y sobre todo impostas decoradas y sin decorar, que sin embargo se encuentran trabadas como si hubieran sido colocadas en obra a la vez. El hecho de que las piedras labradas sean de mayor tamaño y sobre todo de mayor altura que la piedra local utilizada en la construcción obliga a cambios de línea de hilada que se realizaron con notable torpeza, pero que creo no pueden ser tomadas como entronque de fábricas de distinta época.

Este supuesto implica la existencia de una tradición constructiva local a la que corresponde no sólo la mayor parte de la fábrica de los muros, sino sobre todo, una tipología de iglesia que entronca sin duda con la tradición de las iglesias del Serrablo. Sus características de nave única, con torre en un costado, ábside semicircular y cubierta de madera están claramente presentes en Iguácel. A esta tradición se incorporan elementos ornamentales y también compositivos, como es la propia portada, novedosos y que responden sin duda al afán innovador y de enriquecimiento de la obra manifestado por los fundadores que quisieron además perpetuar el hecho con una larga inscripción.

El divorcio y falta de coordinación entre el taller productor de tales elementos y la mano de obra local que construyó la iglesia explicarían los fenómenos ya enunciados de haber tenido que insertar lajas de piedra entre los sillares de la inscripción por ser ésta demasiado corta, o las diferencias de medida de algunas impostas labradas y las sin labrar, entre otros fenómenos extraños que presenta la construcción. Sobre todo creo que hay que contar con una torpeza constructiva grande pues sólo así se justifica el descentramiento de la ventana de la fachada occidental o el error de nivelación de las ventanas del lado sur.

Quizá de esto podría deducirse que estamos ante una construcción típica del momento, tercer cuarto del siglo XI y no ante una iglesia arcaizante o ante una iglesia más antigua renovada con elementos decorativos modernos.

Pese a ello, la iglesia presenta unas proporciones notables que resultaban difícilmente intuibles antes de la restauración, al haberse reducido su altura y haberse elevado el nivel del suelo. La sección de la nave da una relación casi dupla entre ancho y alto, con 6.75 metros de anchura y casi 13 metros de alto, lo que supone un tamaño respetable en comparación con otras iglesias, sobre todo las de Serrablo. Esto confirma la importancia de esta fundación del conde Sancho Galíndez. Sin duda, una excavación arqueológica realizada con detenimiento en su entorno acrecentaría nuestro conocimiento sobre la forma del eremitorio primitivo y quizá esclarecería algunas de las dudas que aún presenta. No obstante, la obra de restauración realizada, aparte de salvar de una más que segura ruina a esta bella iglesia, ha permitido conocer mejor su forma primitiva que hoy es visible a quien quiera realizar la simpática excursión de llegar hasta ella.

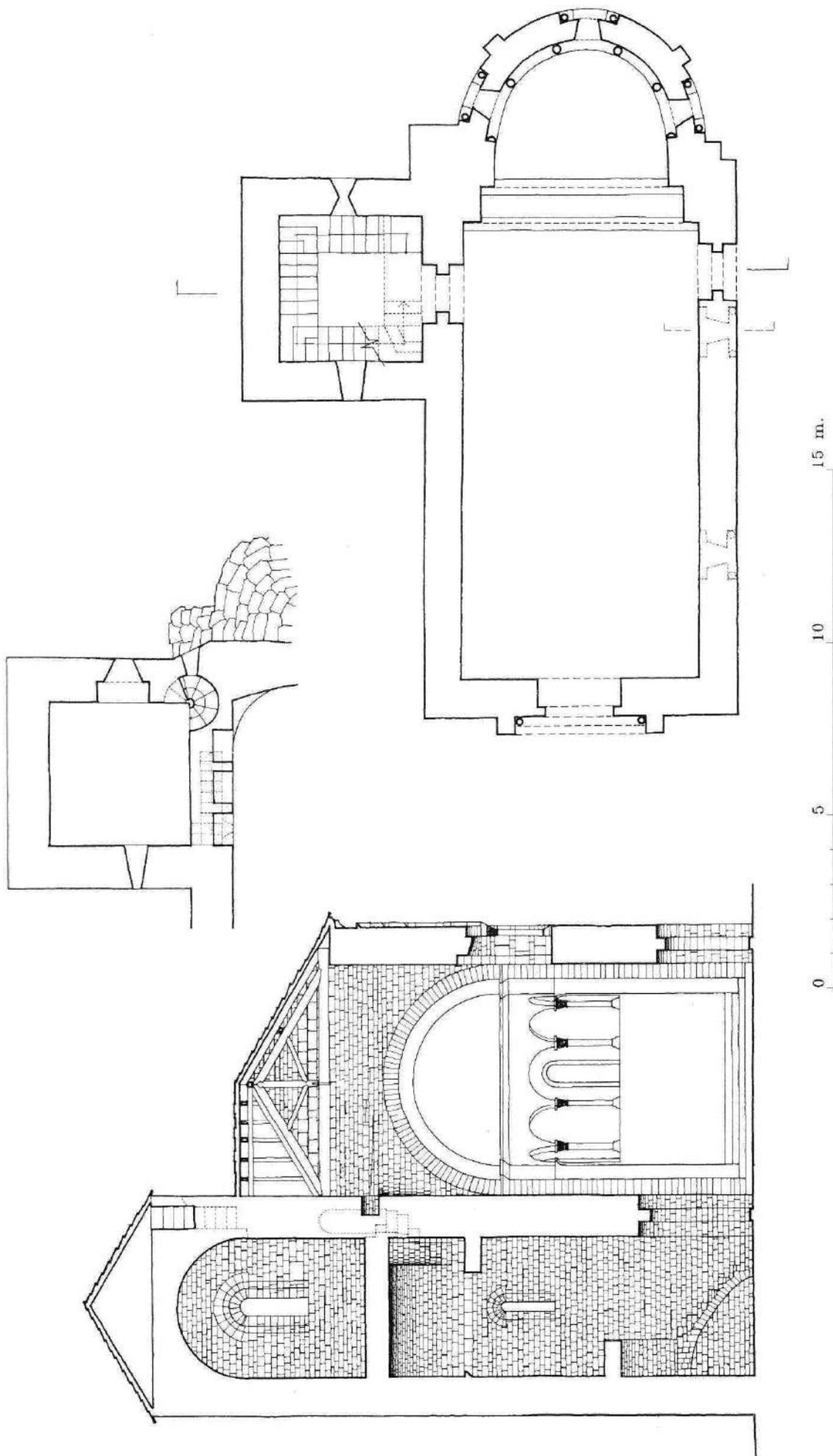


Fig. 1. Plantas y sección de la iglesia.

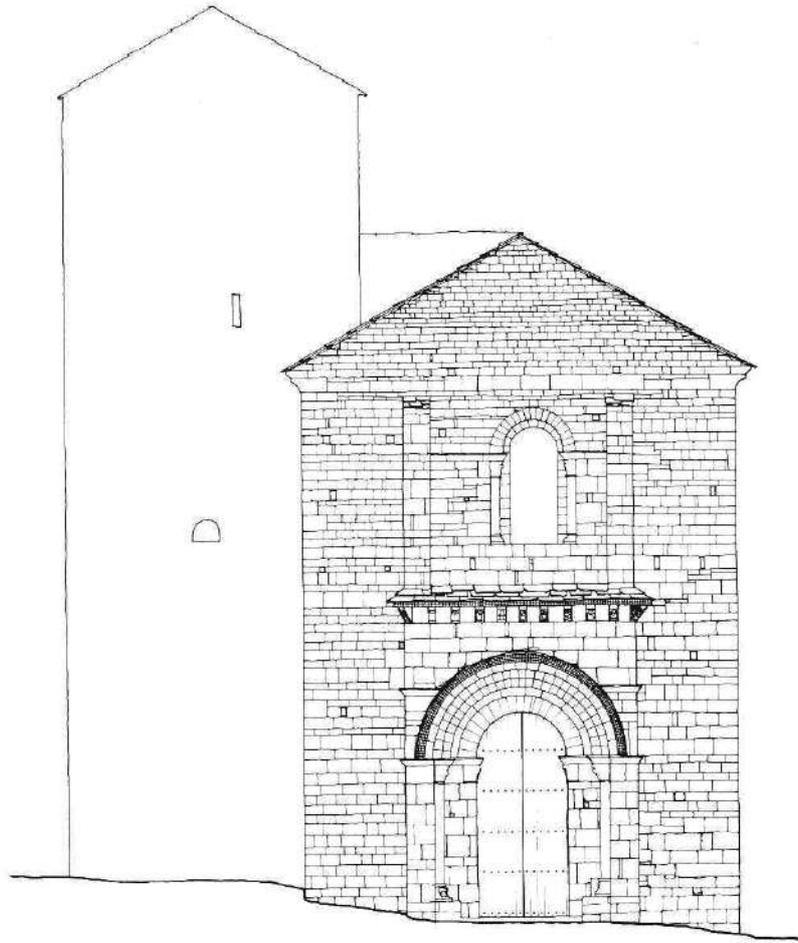


Fig. 2. Alzado principal de la iglesia.

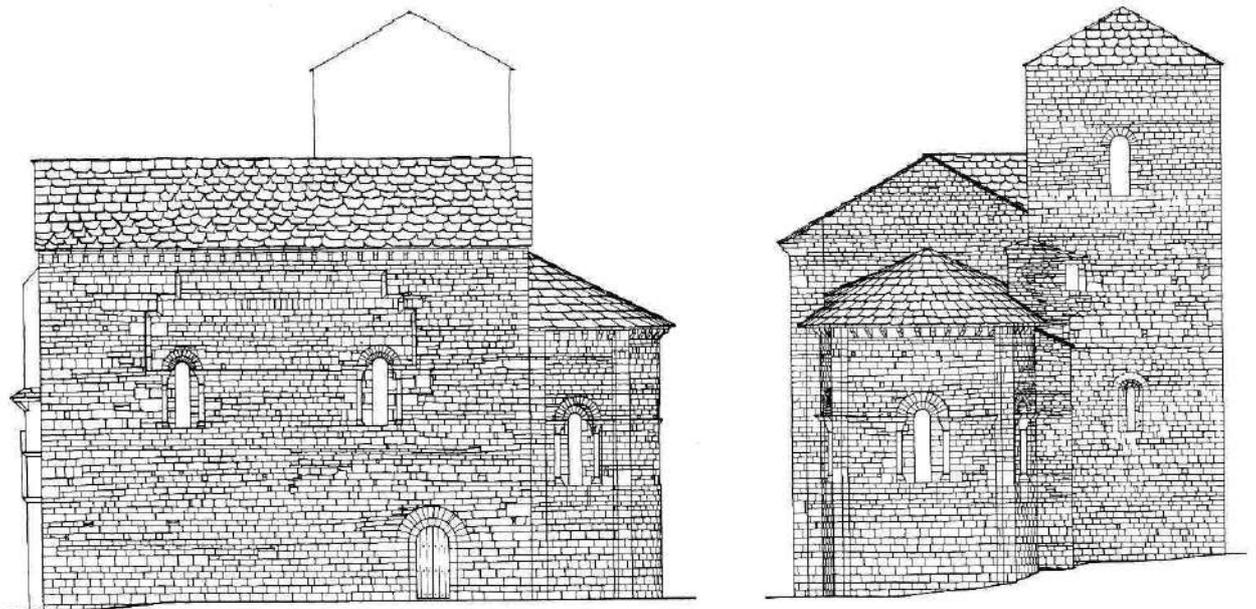


Fig. 3. Alzados lateral y del ábside.

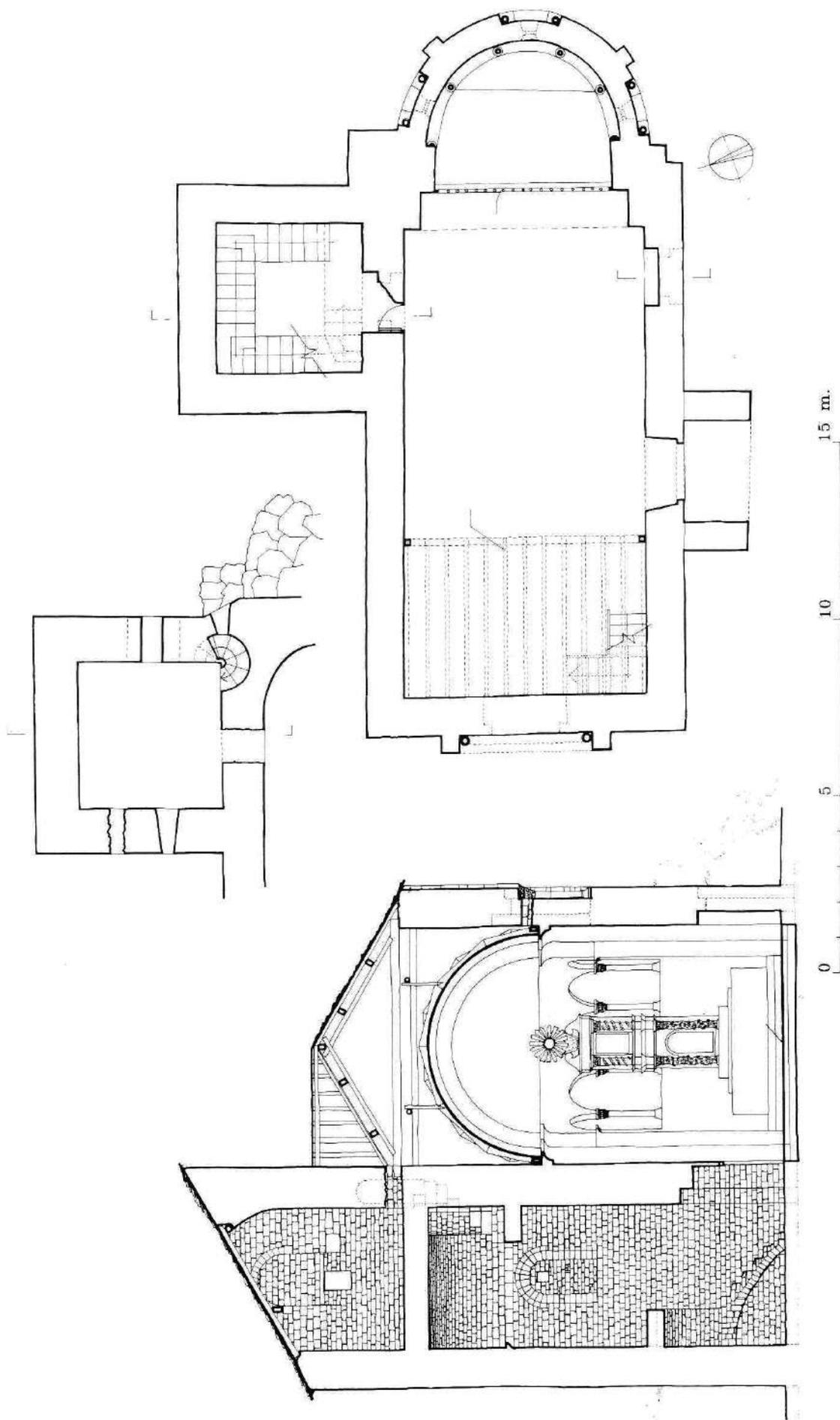
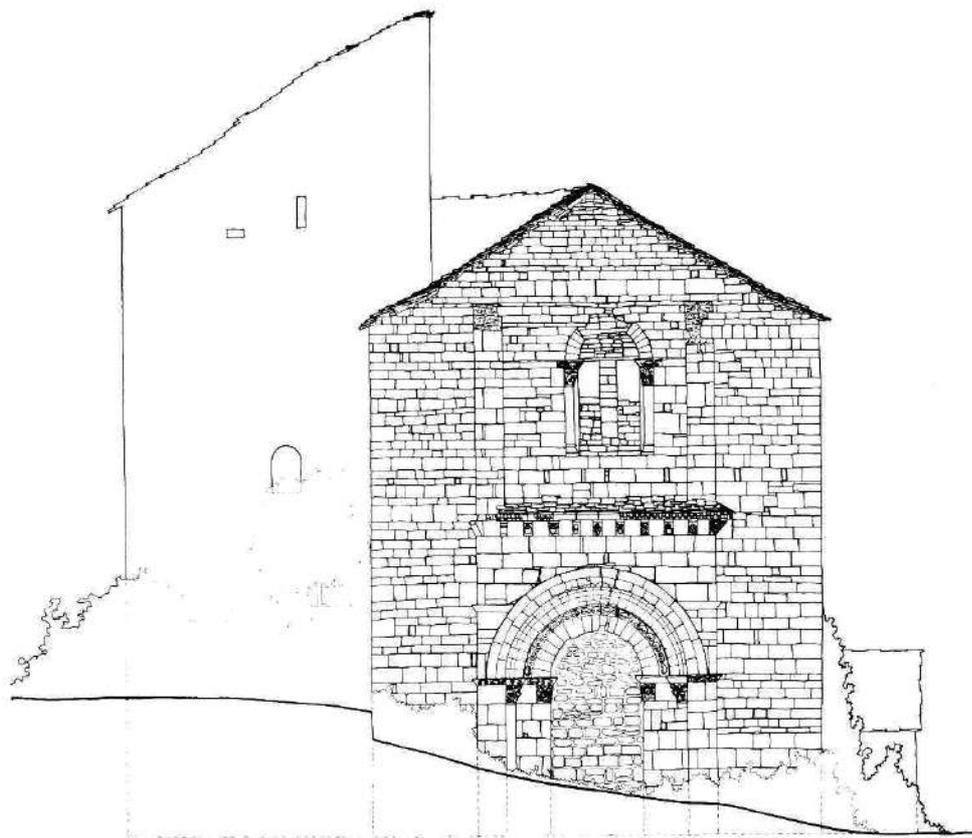
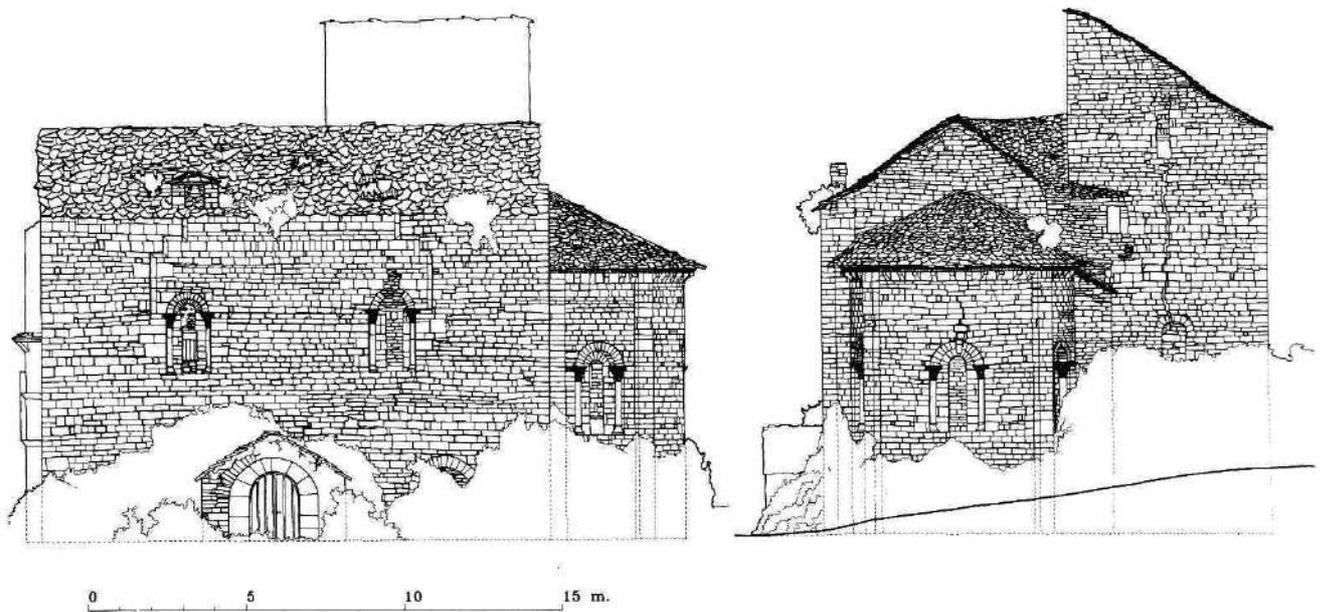


Fig. 4. Plantas y sección de la iglesia antes de la restauración.



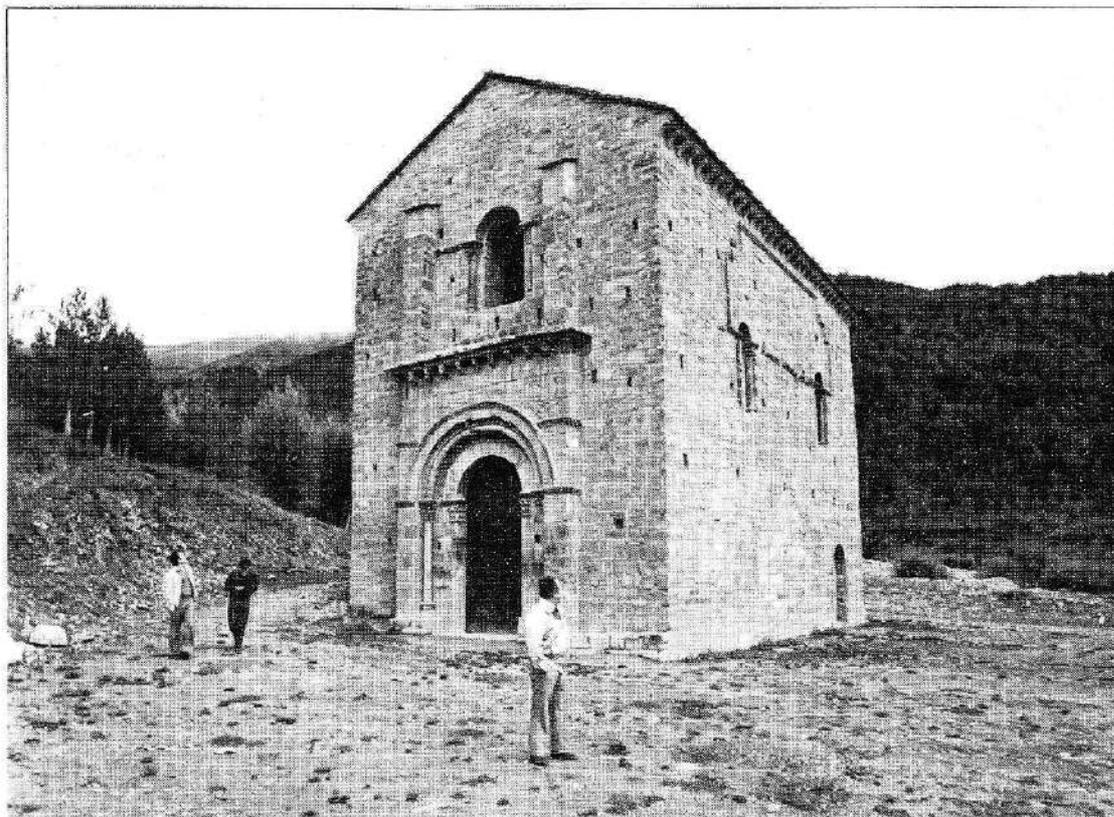
0 5 10 15 m.

Fig. 5. Alzado principal de la iglesia antes de la restauración.



0 5 10 15 m.

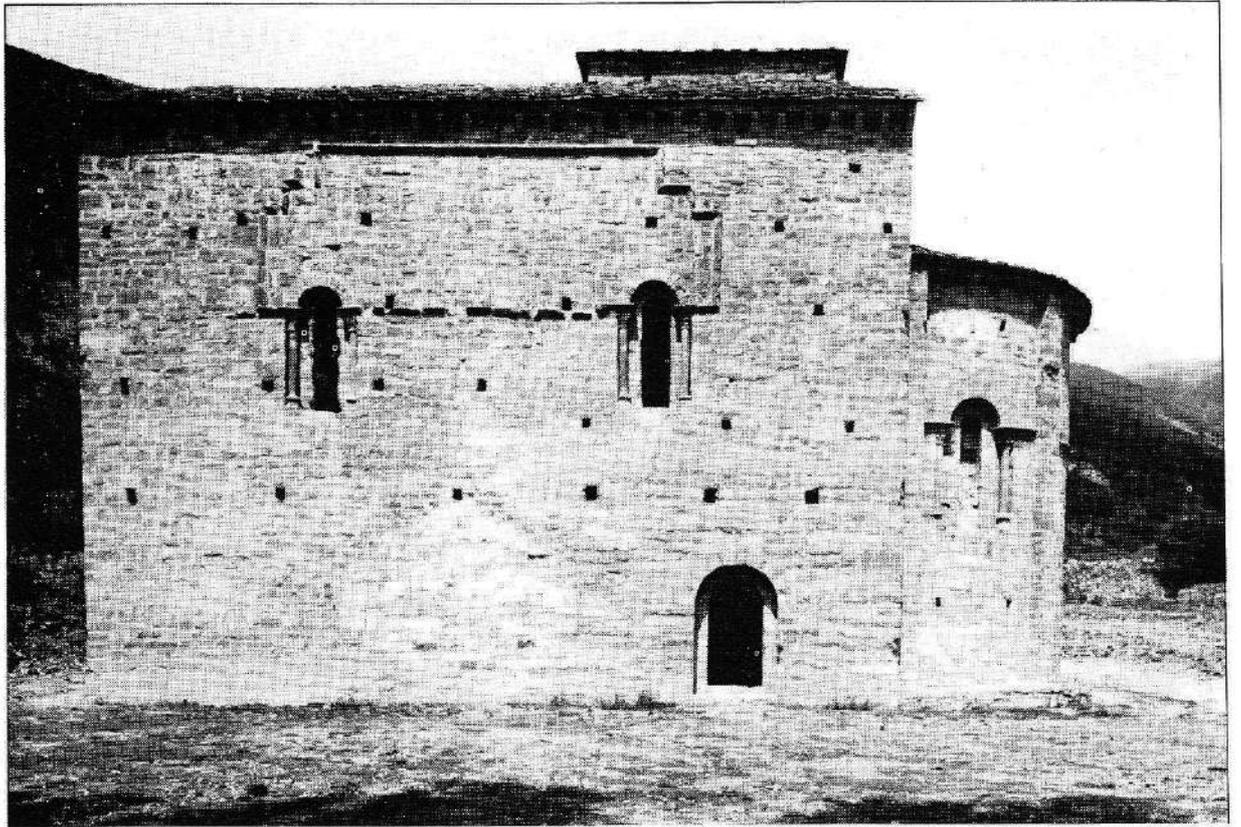
Fig. 6. Alzados lateral y del ábside antes de la restauración.



Lám. 1. La iglesia de Santa María de Iguácel desde el suroeste.



Lám. 2. Fachada principal de la iglesia.



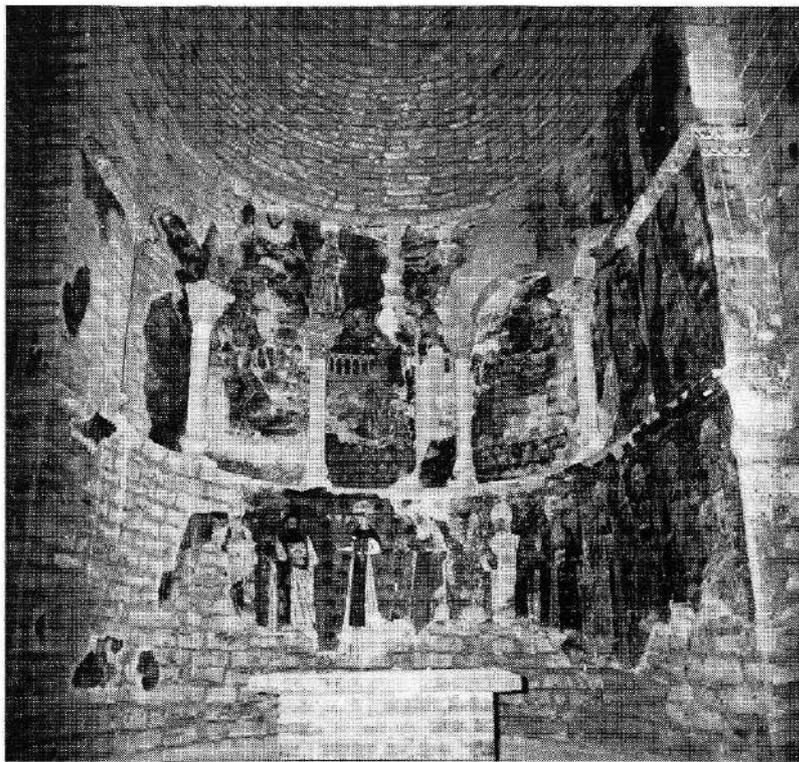
Lám. 3. Fachada lateral de la iglesia.



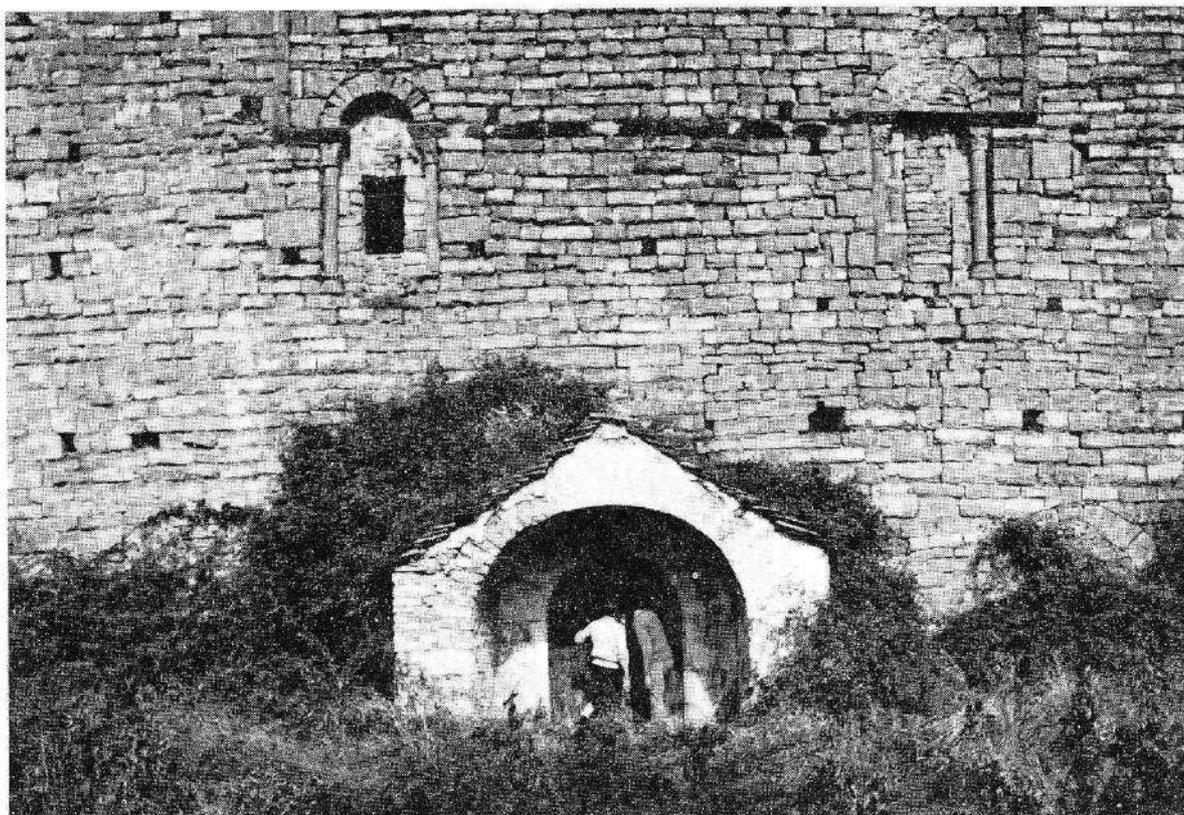
Lám. 4. El ábside y la torre desde el noreste.



Lám. 5. Interior de la nave.



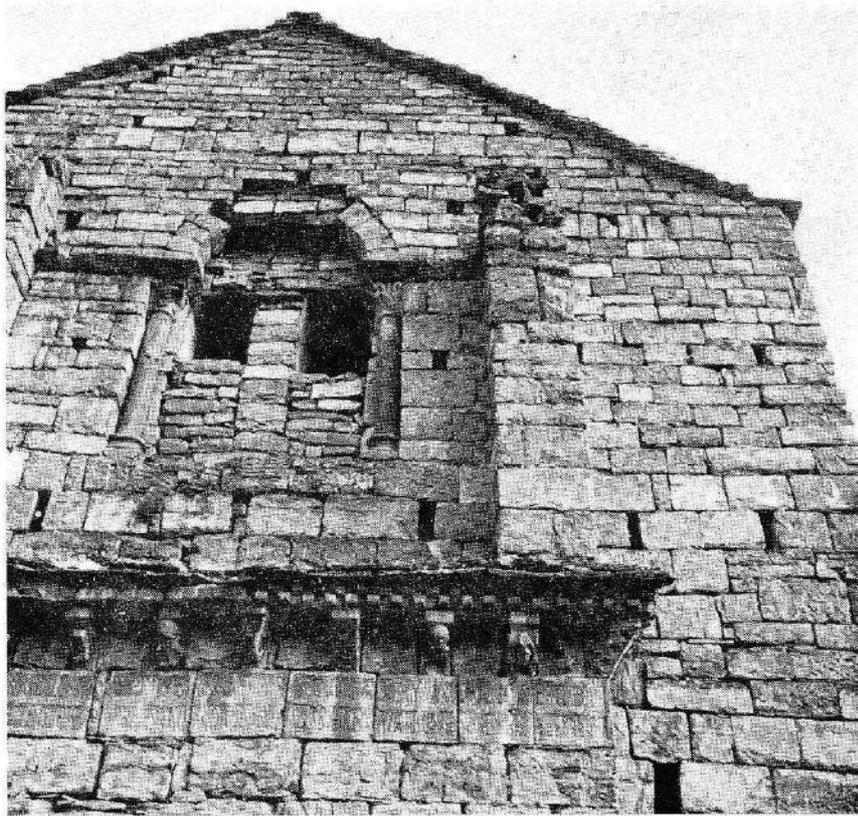
Lám. 6. Pinturas góticas del ábside.



Lám. 7. La puerta de la iglesia antes de la restauración.



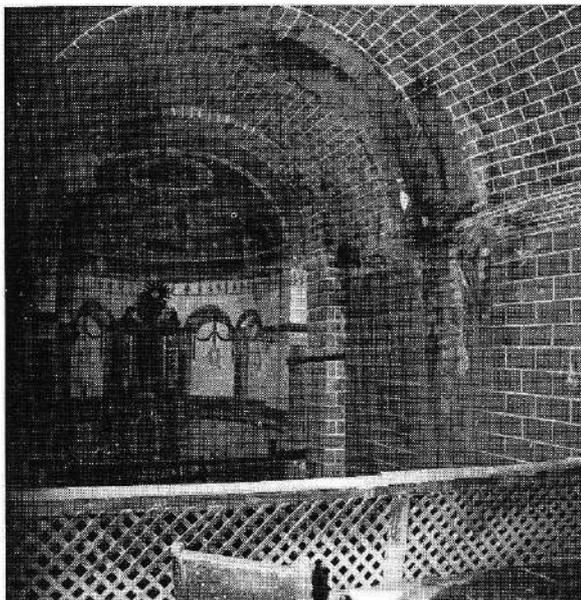
Lám. 8. Fachada lateral y ábside antes de la restauración.



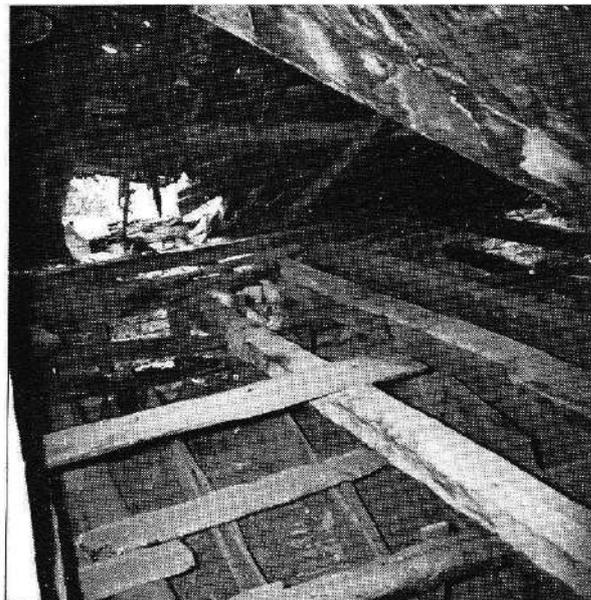
Lám. 9. La fachada oeste antes de la restauración.



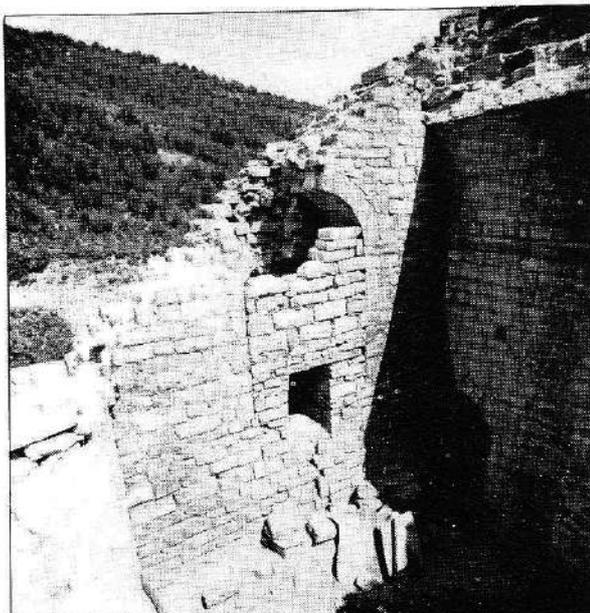
Lám. 10. Puerta principal tapiada.



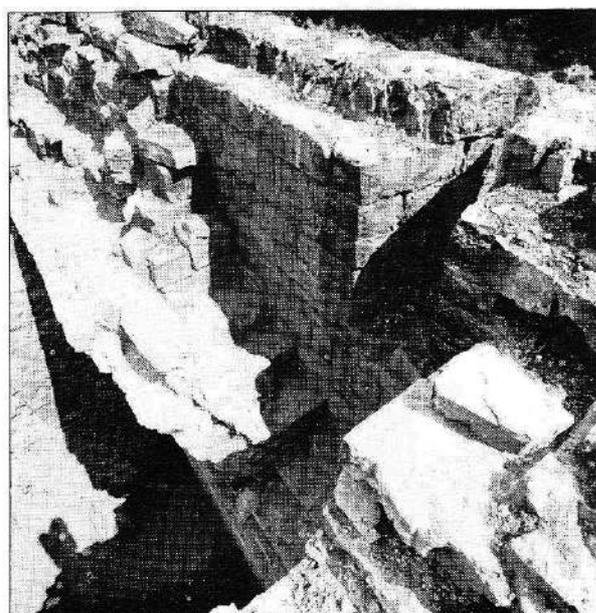
*Lám. 11.
Interior de la nave antes de la restauración.*



Lám. 12. Estado de la armadura de la cubierta antes de la restauración.



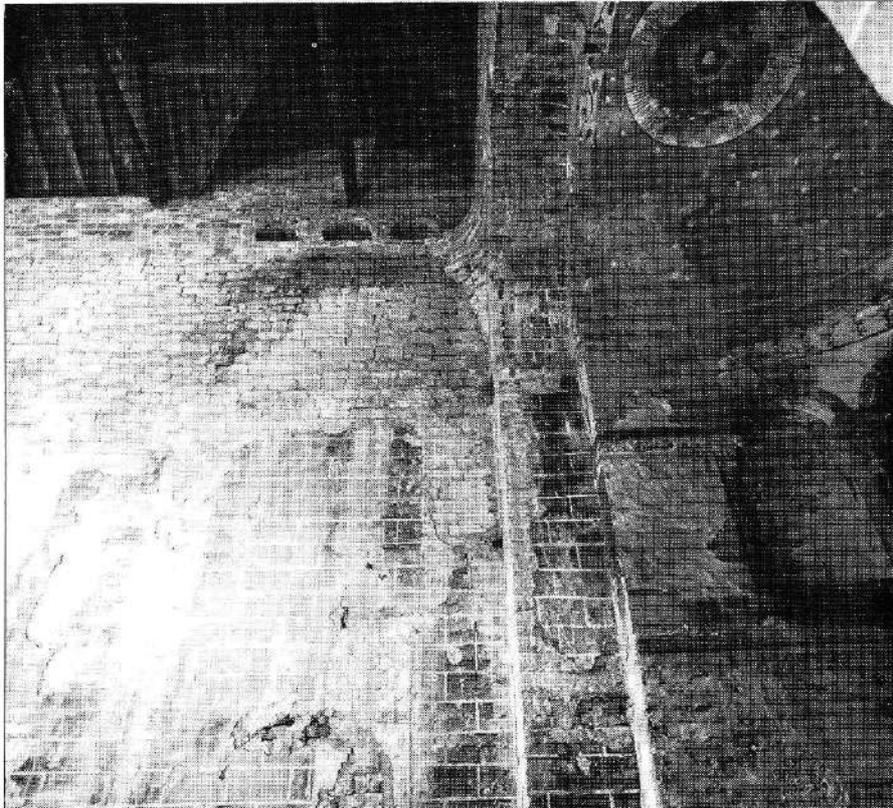
Lám. 13. Cuerpo alto de la torre ya sin la cubierta antes de su reconstrucción.



Lám. 14. Escalera de subida al desaparecido cuerpo de campanas.



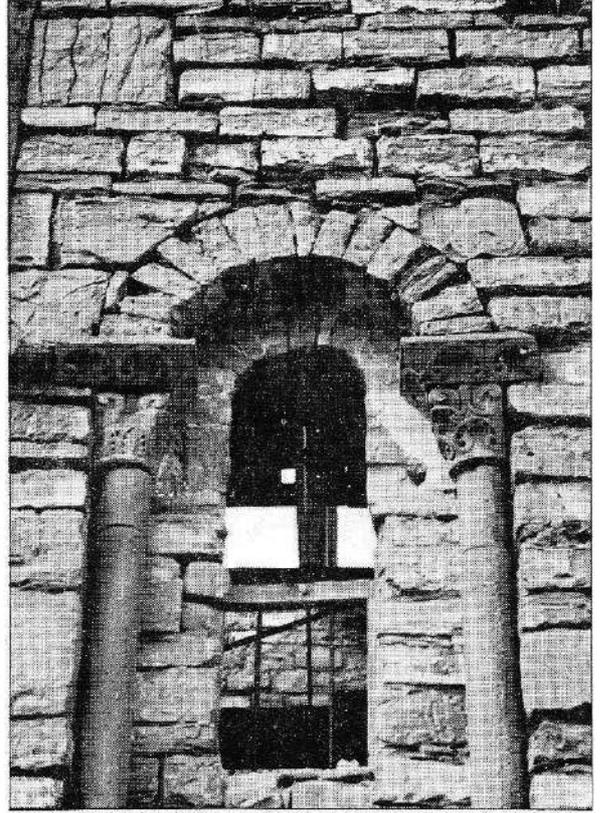
Lám. 15. Restos del muro de una estancia antigua adosada en el lado sur.



Lám. 16. Arquillos y extraña pechina en la zona de la nave adosada a la torre.



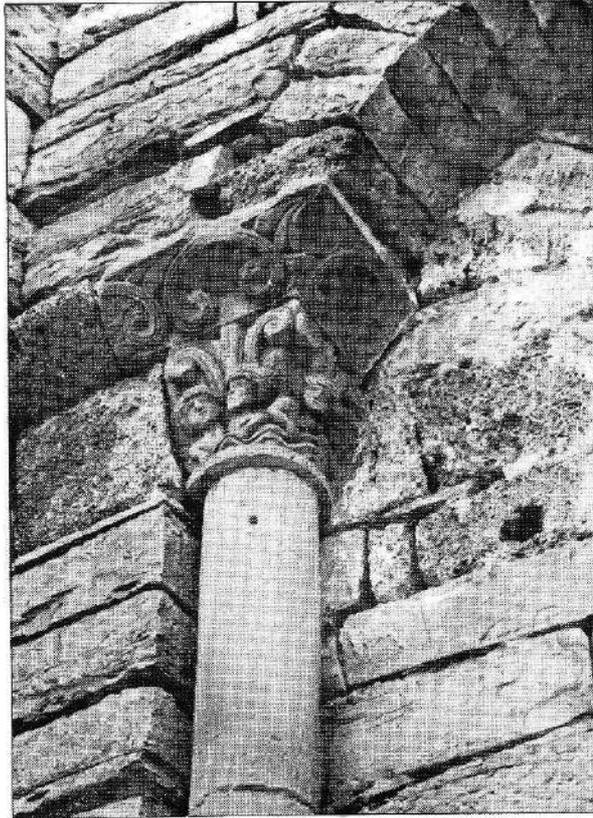
Lám. 17a. Ventana de la fachada oeste.



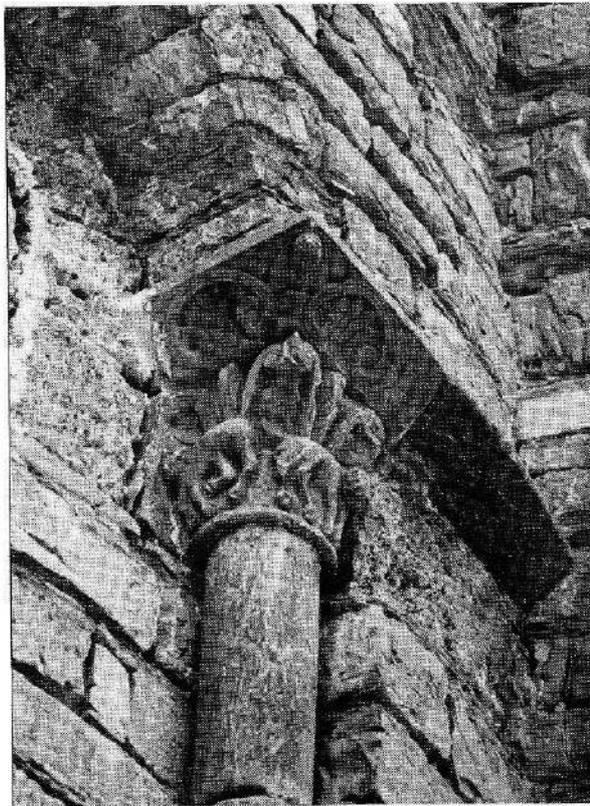
Lám. 17b. Ventana izquierda del lado sur.



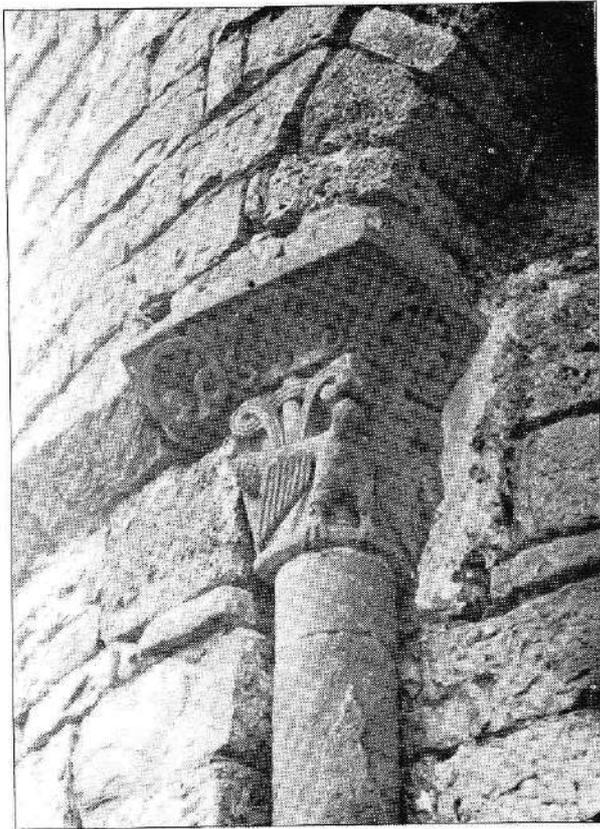
Lám. 17c. Ventana derecha del lado sur.



Lám. 18a. Ventana izquierda del ábside.



Lám. 18b. Ventana izquierda del ábside.



Lám. 18c. Ventana central del ábside.



Lám. 18d. Ventana central del ábside.



Lám. 18e. Ventana derecha del ábside.



Lám. 18f. Ventana derecha del ábside.